

Puede ser, ahora ya estamos en ello. Ya veremos qué ocurre en los próximos días. Pero lo cierto es que todos nos sentimos muy confiados.

Tengo que empezar nuestra historia arrancando de hace bastante tiempo: hace aproximadamente un año y medio, cuando nuestra casa era una casa como la de la mayoría de la gente. Por aquel entonces yo tenía once años y Gussi tres, y mamá llevaba mucho tiempo diciendo que cuando Gussi tuviera cuatro años, ella podría tener un poco más de tiempo para sí misma.

—¡Fantástico! —dijo papá—. Eso nos vendrá muy bien a todos.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó mamá, y la voz le sonó irritada—, ¿esperas acaso que entonces cocine y limpie aún más? ¿Quieres decir

que de pronto te encontrarás con la perfecta ama de casa?

—¡Bah! —dijo papá, y tomó a mamá del brazo—. A mí me gustas así como eres, cariño.

—¡Es indignante! —exclamó mamá, y se libró del brazo de papá. Entonces empezó a recoger el desayuno con gran estrépito.

Probablemente la conversación habría continuado, pero en ese momento le ocurrió algo a Gussi: habría clavado un clavo en el armario del pasillo, se habría agarrado el dedo con el camioncito de volteo, o cualquier cosa de esas que les pasan a los niños de tres años. Total, que la conversación terminó.

Durante los días que siguieron debí haberme dado cuenta de que algo le pasaba a mamá. A veces no escuchaba cuando intentábamos hablar con ella, y un día me encontré con los zapatos sin limpiar; claro que hay otros zapatos, pero acababan de comprarme unas botas nuevas, deberían estar relucientes, y así se lo dije a mamá.

—¡Ah! —exclamó mamá—. ¡Pero tú también tienes manos, querida Nele! La caja de limpiar los zapatos está en el recibidor.

Un par de días más tarde comenzó a enseñarme a pelar papas, y el pobre Gussi se vio de pronto obligado a aprender a atarse los zapatos.

Seguro que de haber seguido así mucho tiempo, hubiéramos sido muy desgraciados, pero mamá volvió a la carga, y sacó el tema:

—Quiero volver a trabajar —dijo.

Estábamos sentados a la mesa, era la hora de cenar, y papá acababa de alabar los arenques en vinagre de mamá: “Nadie los hace como tú”, había dicho.

Era lo que decía siempre.

—¿Que tú quieres qué? —preguntó papá, y dejó de pelar la piña para el postre.

—Trabajar —dijo mamá—. Quiero-volver-a-trabajar.

Podía verse que tenía serias dificultades para expresarlo. Estaba pálida y el tenedor le temblaba entre los dedos.

—Ya —dijo papá. Adoptó un aire pensativo. Luego asintió con la cabeza—. Claro, cuando Gussi vaya a la guardería... un trabajo de medio tiempo, ¿eh?

—Nada de medio tiempo —dijo mamá—. Trabajar en serio —tragó saliva—. Tú estás en casa por las tardes...

Eso era verdad. Como papá era profesor estaba de vuelta, la mayoría de los días, hacia las tres. Excepto cuando tenía alguna conferencia, pero eso no ocurría tan a menudo...

—Sabes perfectamente que cuando vuelvo me siento a escribir —dijo papá—. Eso es así, y no deseo echar a perder mis tardes.

Parecía muy enfadado. Entonces le puso la mano en el brazo a mamá.

—Me parece bien que vuelvas a trabajar, cariño. Pero ¿por qué no empezar sólo por las mañanas? Nada más durante un par de años, hasta que Gussi se las empiece a arreglar solo.

Papá se lo dijo con mucho cariño, y la verdad es que era razonable. A pesar de todo, mamá sacudió la cabeza.

—Hoy hicimos una cueva —dijo Gussi—. Debajo de la escalera del sótano.

—Muy bien —dijo papá, y le dio un trozo de piña a Gussi—. Pero ¿por qué no?

Era una pregunta dirigida a mamá, naturalmente.

Y mamá empezó a contárnoslo, y después no tuvimos más remedio que darle toda la razón. Todos menos Gussi, claro, que no se enteraba de nada.

Mamá siempre había trabajado, hasta que nació Gussi. Trabajaba en un Servicio Jurídico de Administración de la Construcción, donde comprobaba si uno podía construirse una casa en tal sitio, o un puente, o si la ley decía algo en contra.

A mamá le hubiera gustado ser jueza en un tribunal de menores, donde van jóvenes que han desbaratado coches o roto el escaparate de una tienda de electrodomésticos. Eso habría sido mucho más interesante que comprobar si una casa podía tener siete punto veinte metros de ancho. Pero entonces mamá conoció a papá, y enseguida llegué yo, y mamá no volvió a tener tan buenas calificaciones en los exámenes, porque debía estar siempre pendiente de dar de comer y ponerle los pañales a su bebé.

A cambio, mamá aceptó la plaza del Servicio Jurídico de Constructoras, e incluso llegó a gustarle. Hasta que llegó Gussi. Dejó de trabajar, porque con dos niños hubiera sido demasiado.

Pero si ahora lo retrasaba aún más, dijo mamá, no podría volver a empezar nunca. Se le olvidaría todo, y además cambian los métodos de trabajo, y ya suficiente era el miedo que tenía. Se convertiría

en una vieja sentada entre jovencitos que sabrían más que ella.

Y mamá no quería eso.

—Ya, ya —dijo papá mientras jugueteaba con el cuchillo. No parecía muy feliz—. Pero para los niños sería mejor si tú pudieras esperar aún un par de años...

—¿Esperar? —dijo mamá dejando caer la taza sobre la mesa—. ¿Sabes cuántos años tengo?

Papá lo sabía de sobra. Eran de la misma edad. Y a él también le gustaría que mamá pudiera volver a trabajar. Lo único que pasaba era que estaba sorprendido, como lo estaba yo también. Nos habíamos acostumbrado a que mamá estuviera siempre ahí, y nos resolviera todo.

—Pero... —dijo papá después de un rato—. Ilse tiene razón. Tan sólo tenemos que renunciar a un poquito de nuestra comodidad; entonces puede funcionar. Dentro de dos o tres años hubiera sido mejor, pero también tiene que funcionar ahora. ¿Tú qué opinas, Nele?

Yo dije que opinaba lo mismo. Aún no sabía lo que se nos venía encima. Y al final yo también quería ser independiente en el terreno laboral. Ya no

podía esperar más a que mamá se quedara en casa para no tener que limpiarme yo sola los zapatos.

—¿Y tú, Gussi? —preguntó papá, y le dio a Gussi el cuarto trozo de piña.

—¡Hoy hicimos una cueva! —dijo Gussi.

—¡Escucha!

—Mi mamá empieza a trabajar de nuevo —le dije a Katta cuando volvíamos del colegio a casa.

—¡Oh, no! ¡Gracias! —dijo Katta—. ¿Te colgarán la llave al cuello?

Si por mí hubiera sido, le habría partido la boca.

—A mí me parece bien —le dije—. Y a mi papá también. Pensamos que las mujeres también tienen derecho a la vida.

—¿Cómo, o sea que tu madre estaba muerta hasta ahora? —preguntó Katta riéndose por lo bajo—. Mi madre está a gusto en casa. O por lo menos eso dice. Hace el quehacer y punto, y a mediodía duerme su “siesta de belleza”. Tal vez tu madre debiera intentarlo.

Katta sabe ser muy mordaz cuando quiere.

—Claro, trabajar da más dinero, es lógico —dijo Katta.

Yo no había pensado en eso todavía, pero Katta tenía razón. A lo mejor podríamos comprarnos una casa, o por lo menos viajar más a menudo.

Era estupendo que le hubiéramos dado permiso a mamá para trabajar.

Pero hacía mucho tiempo que las cosas no estaban en orden en ese aspecto. Eso era lo que nosotros creíamos. No teníamos ni idea de que el problema principal aún no había llegado.

Poco tiempo después mamá volvió a estar animada. Al principio se sentaba de vez en cuando en su cuartucho, ante su viejo escritorio, y hojeaba un montón de papelotes. En el cuartucho de mamá, aparte del escritorio, estaban el burro de planchar, la aspiradora y la vieja máquina de coser de la abuela. Y cosas que aún no sabíamos si querían tirarlas o no: una prensa para tintorería, que tal vez mereciera la pena arreglar; el trineo que usaba papá de pequeño, y un extraño acordeón, que soplaba aire por el fuelle, pero ni una sola nota. Había que amontonar algunas cosas.

El verdadero despacho era el de papá.

—Está bien así —dijo mamá alegremente al colocar las cosas unas encima de las otras en su

cuchitril para que hubiera más espacio alrededor de su escritorio—. Por fin tengo un sitio enorme para trabajar en la oficina. Pero ya tenía ganas de disponer de un rincón también aquí.

Y cambió el foco, y limpió la puerta, y colgó una foto de Roma sobre su escritorio.

—Me hará soñar cuando levante la vista —dijo.

Cantaba mientras lavaba, y hacía pruebas con nuevas recetas de repostería y, por primera vez desde que yo me acuerdo, se fue a la ciudad, y no se cortó el pelo, sino que se cambió el peinado, uno de esos que reafirman la personalidad. Qué significaba todo aquello, era algo que en mamá resultaba difícil de saber, pero, a pesar de todo, le quedaba muy bien, parecía cinco años más joven y completamente distinta que antes.

Y entonces volvió a estar extraña. Ya no cantaba mientras lavaba, y regañaba a Gussi cuando se hacía el remolón al vestirse. Se acabaron los pasteles fantásticos, y las comidas transcurrían sin incidentes. Se colgaba durante horas en el teléfono, y cuando yo entraba en la habitación, dejaba de hablar. Un día, cuando volví del colegio, creí que había llorado.

—¿Pasa algo, mamá? —le pregunté.

—¿Qué va a pasar? —dijo mamá, y volvió a poner, por tercera vez esa semana, hamburguesas sobre la mesa.

—Sólo pensé que... —dije—. Estás tan... A veces estás muy rara.

Mamá se me quedó mirando tan fijamente que por un momento pensé que había dicho algo malo.

—¡Ah! ¡Maldición! —exclamó y dejó caer con estrépito la sartén en el fregadero.

Por supuesto que no se debe espiar, pero hay muchas cosas que no se deben hacer, y en casi todas hay importantes excepciones. ¿Se debe, por ejemplo, pegar la oreja a la puerta cuando una noche, a las once, se va al baño y se oye que en la sala llora tu madre? Evidentemente hay que asegurarse de que no es un error, porque habría podido tratarse de la tele... Y en ese momento, hay que intentar averiguar por qué llora, sobre todo sabiendo que ella no lo dirá nunca por sí sola.

Eso yo ya lo sabía. Al fin y al cabo, mamá había dejado caer la sartén en el fregadero, y había dicho “maldición” cuando se lo pregunté. Tenía que espiar, no me quedaba otra alternativa.